

SUSCRIPCIONES

	Pesetas
Madrid.....	Mes..... 1 50
	Año..... 17 50
	Trim..... 6 50
Provincias.....	Sem..... 12 50
	Año..... 22 50
	Trim..... 8 50
Portugal.....	Año..... 32 50
América.....	
Extranjero.....	Trim..... 15 50
convenio.....	Año..... 55 50
postal.....	
En las demás.....	Trim..... 20 50
naciones.....	Año..... 80 50

VENTA

España.....	30 núm..... 1 50
Portugal.....	25 núm..... 1 50
América y	
Extranjero.....	30 núm..... 2 50
convenio.....	postal.....
En las demás.....	30 núm..... 4 50
naciones.....	
Núm. del día.....	1 cent.
Núm. atrasado.....	25 cent.

EL GLOBO

DIARIO ILUSTRADO
POLÍTICO, CIENTÍFICO Y LITERARIO

SE SUSCRIBE.

En las oficinas de El Globo,
San Agustín, 2, y en todas las
librerías.

ANUNCIOS

En las oficinas de El Globo,
San Agustín, 2, y en todas las
librerías.

En París, la «Société Mutuelle
de Publicité», rue Canmar-
tes, 61; director, Mr. Lorette.

REMITIDOS

En las oficinas de El Globo,
San Agustín, 2, y en todas las
librerías.

AÑO XIII—TERCERA ÉPOCA

Viernes 8 de Abril de 1887

MADRID—NÚM. 4.177

ECCE HOMO

Aunque se llegase a prescindir, como prescinden los incrédulos, de la divina naturaleza del Cristo, para llenar la historia, conmoviendo los corazones, iluminar las inteligencias y predominar sobre el mundo, bastaría su naturaleza humana.

El acontecimiento capital en la vida del planeta, es y será siempre el tránsito de ese Redentor y celestial Maestro, quien, con los ojos puestos en el Padre, se complació en sufrir como las demás miserables criaturas, y en llamarse a sí mismo, más bien que Rabi, Mesías, León de Judá, ó rey de cielos y tierra, Hijo del hombre.

Así nos le figuramos todavía; y aunque el respeto de las generaciones se fije principalmente en el temeroso Calvario, la amorosa é instintiva ternura de las almas, busca a la víctima propiciatoria, coronada de espinas, ceñida de púrpura, escarnecida por la multitud, sacrificada por las malas pasiones, y llena, no obstante, de misericordia infinita que se derrama sobre el universo con la serena luz de sus ojos y la inagotable miel de su palabra.

«Ecce Homo!» dijo Poncio Pilato a las más que feroces, ignorantes turbas que agolpadas al pie del Pretorio gritaban ébrias de sangre: ¡crucifíxelo! y al cabo de diez y nueve siglos, la humanidad, ya redimida de la antigua esclavitud y tiniebla, sigue oyendo una voz que sale de lo íntimo de las conciencias, y que repite con acentos de gratitud y de pavor: ¡Ecce Homo!

Y es que, por un destino excepcional en donde se ve algo superior al humano raciocinio, el cristianismo puro ofrece aún hoy, después de esos diez y nueve siglos, todo el carácter de una religión universal y eterna. Nada hay en ello de extraño si se considera que la religión de Jesús, una vez reconocida la necesidad de un culto, es la religión definitiva.

Fruto de un movimiento espiritual completamente espontáneo, libre en sus comienzos de toda ligadura dogmática, y habiendo luchado trescientos años seguidos por la libertad de la conciencia, el cristianismo, a pesar de sus fracasos y desviaciones, recoge ahora, del propio modo que antes, los productos de la sublime y pristina semilla.

Al Evangelio acuden y acudirán cuantos quieran renovarse; así las sociedades como los individuos. Ciertamente el reino de Dios, tal cual lo concebimos ahora, difiere notablemente de las fantásticas apariciones, entrevistas por los primeros cristianos a través de las nubes; pero el sentimiento infiltrado por el Divino Maestro en los corazones humanos, es el mismo de siempre.

Jesucristo nos ha descubierto el cielo de las almas puras, donde se halla lo querido en vano a la tierra: la perfecta nobleza de los hijos de Dios, la total abstracción de las manchas originarias, la limpieza, la verdad y la libertad absolutas.

El proclamó la soberanía del espíritu, el fué quien primero dijo, con sus hechos todavía más

que con sus palabras: «mi reino no es de este mundo.» Obra suya es la religión verdadera, pues ni prosperan ni subsisten, ni mucho menos fructifican, las que se alejan de la pura tradición cristiana.

El fundó la religión en la humanidad como Sócrates había fundado la filosofía y Aristóteles la ciencia. Después de Aristóteles y de Sócrates, han hecho inmensos progresos la ciencia y la filosofía; pero sobre aquel cimiento se han levantado todos.

De igual manera, ni hemos salido ni saldremos nunca de la noción esencial revelada y creada por Jesucristo.

Lo hemos visto ya en las rudas epilepsias de este siglo XIX, gran demoleedor de creencias é ilusiones, y mayor enemigo de sentimentalismos é idealidades. Muerta ó apagada la fé que velaba sobre las aras, al punto llegó a reemplazarla aquello que menos indicado parecía para tan singular instituto: la árida é implacable política.

En vano, la impedida por una parte y por otra la crítica, han combatido é imaginado que daban por el pie á la divinidad del incomparable profeta. Apagando el tumulto y disipada la humareda de los

primeros instantes, ha reaparecido Jesús, más grande, más sublime que nunca, y críticos é impíos, filósofos y creyentes, poetas y estadistas, se han inclinado ante el muerto inmortal, y balbuceado reverentemente: Ecce Homo.

Porque pasaron y volvieron á pasar leyes, Códigos é instituciones, y á vueltas de tantos progresos alcanzados y de tantas libertades conseguidas, resulta ahora que la democracia es el Evangelio, en acción, así como el Evangelio era la democracia en germen, y que no hay, no ha habido ni puede haber, doctrina ni regla de conducta que supere al sermón de la Montaña.

De antiguo se venía considerando en el Redentor al moralista, al reformador espiritual, al taumaturgo: hoy otra vez, de la propia suerte que al comienzo de la Era Cristiana, se le considera y reverencia como providencial Mesías.

Unido filialmente á Dios y seguro de su Padre, triunfó del egoísmo y de los sordidos intereses por medio del amor, de la abnegación, de la ternura, y allanó para el hombre, redimido y reintegrado en sus facultades todas, los caminos del cielo y de la tierra.

No se pagaba de formalismos ó nominalismos puramente exteriores; no ayunaba, no prescribía larguísimas plegarias, no era un observador rígido del sábado ni concedía importancia mayor á las minuciosidades del rito; en cambio, llamó con palabras inmortales el fariseísmo, llamado á revivir con otro nombre en estos tiempos, y apartándose de los antiguos profetas, sobre la eficacia de los clásicos sacrificios, puso la eficacia de la divina y eterna misericordia.

Despertó y excitó en las almas una sed inmensa, que no se ha apagado ni habrá de apagarse nunca: la sed ardiente del reino de la justicia. A favor de esta inextinguible fé, removió las entrañas de su generación y sigue removiendo las entrañas del mundo.

Fué y es el creador del espíritu de reforma y progreso universales. Con ese vino nuevo embriagó y fortaleció la humanidad en sus místicas nupcias.

Nadie amó tanto como él á los pobres, los humildes, los siervos y los desheredados; ninguno tuvo idea tan exacta, gracias á su celestial presciencia, de la fraternidad y la igualdad de los hombres. De ese inefable manantial se ha desbordado el agua viva que limpia y purifica los pueblos.

Hé ahí por qué hasta aquellos que niegan su naturaleza divina confiesan y proclaman la divinidad de su obra.

El ilustre Renan, tan calumniado por los fanáticos, y á quien no obstante se debe en no pequeña parte la reacción de las descreídas sociedades modernas en favor del Crucificado, escribe estas elocuentes palabras al término de su famoso libro: «Sin cesar renacerá y se rejuvenecerá el culto á Jesucristo; su leyenda provocará inextinguibles lágrimas; sus sufrimientos eternecerán los corazones más puros, y todos los siglos reconocerán á una que no ha nacido ser tan grande como Jesús, entre los hijos de los hombres.»

En efecto, su obra está consolidada y tiene raíces tan hondas cuanto pueden serlo las raíces del mundo.

Piedra angular de la humanidad, ningún terremoto social ni conmoción religiosa alguna tendrá poder suficiente para removerla, y menos todavía para arrancarla. Como un inmenso edificio cuyas bases hubiese minado una imprevisible subterránea avenida, así fracasaría y se desmoronaría la sociedad moderna, desde el punto en que le faltasen su doctrina y su nombre.

Su persona humana, extinguida hace casi veinte siglos, vive sin embargo en las almas y preside y alumbra nuestra peregrinación terrena en busca de la verdad, la libertad y la justicia.

Los que conservan y los que han perdido el tesoro de la fé, en las horas amargas de desconsuelo ó de duda, convierten y convertirán siempre la mirada hacia la víctima propiciatoria en quien y con quien la humanidad ha llegado á la redención después de haber pasado por el martirio.

Por eso en horas tales surge en el corazón del hombre una voz instintiva que le señala al mártir conoedor de todos los sufrimientos, y que le dice: hé ahí tu medicina y tu consuelo: ¡Ecce homo!



ECCE HOMO

Cuadro de Guido Reni.

LOS SERMONES DE AYER

(POR LA TARDE)
EN ATOCHA
El Sr. Molina.

¡No hay que confundirlo con el padre Molina! Esa diferencia de los dos oradores, marca una enorme distancia entre los dos predicadores.

La oratoria del Padre Molina es accidentada, áspera, toda llena de breñas y de abrojos. La del Padre Molina es suave, igual, aterciopelada como una pradera de césped inglés. La entonación de este orador, inalterable, sentimental y dulzarrón, pone el sello a su meliflua y blanda palabra. El oyente experimenta sensación análoga a la que experimentaría quien se ahogara en un estanque de merengue.

Las frases de este orador sagrado resbalan sobre madejas interminables de *ss*. ¡Válganos Dios y qué consumo hace de esta letra el Sr. Molina! Cada vez que tiene que pronunciar una *ss*, se le vienen a la lengua tres o cuatro enredadas como cerezas.

Si alguna se le quedaba en el tintero, esto es, en la boca, el orador volvía atrás, y la sacaba a viva fuerza. Las *ss* salían entonces silbando a través de los dientes del Sr. Molina, como las blandas brisas del corriente mes al pasar por las rendijas de una puerta.

Para hacer más gusto el predicador, llamaba siempre a los apóstoles «*ss*os pobres pescadores». En cuanto a Judas no le nombraba sin que llevara al final media docena de *ss*, como pudiera llevar media docena de azotes. ¡Muy bien hecho! ¡Castigo justo a su perversidad!

El Sr. Molina, asombrado ante el acto de humildad de Jesús al lavar los pies a sus discípulos, quiso convencerle para que no lo hiciera. Como sus consideraciones a tal fin encaminadas venían un poco tarde, no consiguió su objeto.

Entonces comprendió toda la grandeza de aquel acto, no sin haberse entusiasmado antes con la negativa de San Pedro, el cual, siendo del mismo parecer del Sr. Molina, no quería dejarse lavar. Ese entusiasmo del orador no ha debido de agrar a los otros apóstoles, quienes se dejaron lavar sin decir esta boca es mía.

El predicador acabó su sermón condenando el orgullo y ensalzando a los humildes.

Nosotros nos aprovechamos de esa buena disposición de ánimo del Sr. Molina para hacer sobre su sermón estas observaciones, seguras de que no mortificarán su humildad.

M. T.

EN SAN PLACIDO

El Ilmo. Sr. D. Isidro García Almazán

Así se llama el capellán mayor de la Hermandad del Refugio, que es de figura simpática, ni joven ni viejo, metido en carnes, pulcro y atildado, y todo muy de buen ver, con aquella blanca sobrepelliz llena de infinitos pliegues y aquel bonete de raso que termina en una magnífica borla verde.

Su aspecto, sin que sepamos explicarnos bien el por qué, nos traía a la memoria la silueta inolvidable de aquel magistral de la catedral de Vetzusta, que tan bien dibujó la pluma del donosísimo Clarín.

Apertando la atención de tan profanos recuerdos, y procurando ponerla en cada objeto más propio de la ocasión, aplicamos el oído a lo que decía el orador sagrado, y, en honor de la verdad, sin que el Padre Almazán resulte un orador del otro jueves, es un predicador bastante bueno para el jueves éste, y lo será mejor con el tiempo, si se cura de ciertos defectillos.

Son estos la propensión a usar y abusar de neologismos que le hace hablar de la economía de la Redención, de la infinidad de mundos que pueblan la infinitud de los espacios, cosa con la que no está muy conforme el divino Santo Tomás, y más que nada, que en su modo de accionar, pone muy en relación los ademanes con los objetos que expresa.

Por lo demás, el sermón resultó corto, agradable; y como inspirado en la idea de la humildad y del amor universal ensalzados por Cristo en el acto del lavatorio, oportuno, bastante bien dicho y sin las equivocaciones ni las citas extemporáneas en que suelen incurrir otros predicadores.

M. M. G.

EN SAN ANTONIO DE LA FLORIDA

El Sr. Ruiz Cánovas.

Este sacerdote, que ayer ocupó la cátedra sagrada en la lejana iglesia de San Antonio de Pádua, tiene cualidades no comunes que, bien cultivadas, pueden llegar a convertirle en excelente orador sagrado. Gallarda y simpática presencia, voz sonora, pronunciacón clara y correcta, y una buena erudición, reúnen el ecónomo de la Florida.

Pero el buen Padre, se conoce que es novel en materia de discursos, y de aquí el que ayer cometiese algunas faltitas que nosotros cristianamente vamos a recordarle.

Al comenzar el desarrollo de su tesis, «el amor y la humildad son los dos fundamentos más hermosos de la religión de Cristo», empleó correcta frase y supo ceñir sus conceptos a la lógica más precisa. No así cuando al promediar su plática, quiso elevarse y redondear hasta lo indecible sus períodos, pues entonces, a pesar de su fluidez en el decir, nuestro buen predicador iba como perdido en aquellos piélagos, universos y heroísmos que decantaba.

Y una vez sueltos los estribos, la carrera tenía que concluir medianamente, como así fué en efecto, pues en seguida, saliéndose de los círculos meditados en que se había mantenido, hizo su poquito de sociología y fajó contra la soberbia humana, incubadora del nihilismo, socialismo, anarquismo y demás espantables tormentas como en el día amenazan a la sociedad. Mucho enudado, Sr. Ruiz Cánovas, que de esto a lo otro, es decir, a lo que el hombre es un tubo perforado en sus dos extremos, y por el cual circula la grosera corriente de materia, no hay más que un paso, y si usted le da en el púlpito, sería una lástima.

En suma: un sacerdote que habla bien, que posee mucha lectura y que sólo le falta costumbre para hacer sermones de toda ley.

J. I. M.

EN LAS RECOGIDAS

D. Miguel Pons y Rodríguez.

El sermón fué corto por la duración y por el alcance.

El Padre Pons no es de los predicadores presumidos que pretenden conmover a los fieles con sus exclamaciones y tonos patéticos; para él todo es canto llano.

Con la misma encantadora sencillez refiere el hecho de lavar los pies a sus discípulos empezando por el primero, el Divino Maestro, que se asombra ante tanta humildad, que le parece mentira, y que, al pedir a Dios inspiración para atinar a explicar ese acto, se decide a pedirla también a la Divina Madre, aunque anda muy atildada en estos días, teniendo, por tanto, molestia.

Muestra gran afición a citar los textos en latín con mucha frecuencia, y con tanta prisa, que en las palabras largas salen atropellándose las sílabas; pero la verdad es que también le sucede lo mismo con algunas en castellano, que tiende a abreviar suprimiendo letras.

Eso no impide que cuando le falta la divina inspiración de muchas vueltas a una idea, presentando la de diferentes maneras, para salir al fin haciendo una frase que ni el Espíritu Santo se la inspiró, seguramente, ni el orador ni los fieles saben qué significa.

Lo mejor que tuvo el sermón fué la brevedad.

S. A.

EN CARABANCHEL BAJO

El Licenciado Don Antonio Bedmar.

Así, con esta firma, que más parece de boticario que de clérigo, firma los documentos parroquiales pegados en la puerta de la iglesia, el sacerdote que dirige las conciencias de Carabanchel Bajo.

Es el tal sacerdote hombre abonado para eclipsar las glorias de Romero Robledo, el cual, como es sabido, cuenta como una de las más altas, la de haber estado hablando seis horas sobre una cuestión técnica de marina, que desconocía en absoluto, y sin decir nada con su garrula palabrería; es decir, hablando seis horas de la mar.

Pero aquella hazaña tenía un fin práctico: el obstructionismo parlamentario.

Lo notable es lo del Licenciado Bedmar, que sin perseguir objeto alguno, habló ayer una hora desde la cátedra del Espíritu Santo, sin que nadie se enterase de lo que quería decir.

Y bien sabe Dios que al predicador no le falta palabra, ni tiene nada de oscura su oratoria. No, señor; el auditorio ve con perfecta claridad lo que el predicador quiere decir; pero como éste no dice nada, resulta que el auditorio sabe que el predicador no sabe.

Algo se sabe, que diría Santo Tomás.

No hay que decir, tratándose de un sermón de Mandato, cuál fué el tema desarrollado por el señor Bedmar: la escena del Lavatorio. El Hijo de Dios lavando los pies a los apóstoles; Judas Iscariote haciéndolo como se distraía y dejándose lavar, y Simón Pedro, el apóstol de menos trastienda, el de los más espontáneos arranques, negándose a dejarse lavar los pies al principio y queriéndose bañar de cuerpo entero cuando Jesús le dice que si no se deja lavar no tendrá parte con él en el Paraíso.

Esto nos lo contó el Licenciado Bedmar así como una docena de veces, en la hora escasa que duraría la plática, pero sin añadir un solo comentario a la relación lisa y llana que hace del suceso el evangelista San Juan.

Se pareció el sermón a aquel conocido cantar malogrado en el segundo verso, que dice:

Cuando Fernando sétimo
gastaba paletó...

Ni una aplicación a la vida real del acto de humildad realizado por Jesús, ni una enseñanza sacada de pasaje tan fértil en enseñanzas como el del Lavatorio.

Un consejo para concluir.
Oradores como el Licenciado Bedmar deben abandonar la añeja costumbre de pedir, después del exordio, luces al Espíritu Santo.

Porque le sucederá lo que ayer. Que los feligreses, previa invitación del predicador, rezaron un Padre Nuestro y un Ave María, para que le concediera el Espíritu Santo la elocuencia y la luz necesarias para honrar la cátedra sagrada, luego...

¡Vamos, que el Espíritu Santo hizo un desaire a los feligreses!

J. M.

EN MONSERRAT

Señor Llauder

Convénzase usted, Sr. Llauder. Sin facilidad de palabra, sin galas de imaginación, con un poco de turbación y un mucho de acento catalán ó valenciano, no podrá usted, ni a tres tirones, sacar del caletre un discurso que esté a la altura del sublime asunto por usted tratado.

La falta de dominio sobre la palabra hizo decir a usted cosas tan singulares como aquello de que «Jesús lavó los pies a sus discípulos únicamente para que ellos continuaran haciéndolo en lo sucesivo».

Y esto vale tanto como declarar que aquellos tenían la mala costumbre de no lavárselos.

Bien es verdad que luego se enmendó usted su plana, asegurando que el lavatorio fué acto de gran humildad de parte del Redentor; pero a seguida hizo usted decir a Jesús que «sus discípulos habían dado muestras de ser profundamente humildes, dejándose lavar los pies sin protesta».

¿En qué quedamos?

La disputa entre Jesús y Pedro, que se negaba a ser humilde, dejándose lavar los pies, fué relatada por el predicador de pintoresca manera.

El Maestro cogió un lebrillo y se dispuso al lavatorio. Pedro, atónito ante aquella mansedumbre, se negaba a ser lavado. ¡Tú lavarme a mí los pies.... ¡jamás! ¡jamás! ¡jamás!

¡Sr. Llauder! Usted ha debido confundir a San Pedro con el primer marqués de los Castillejos....

Luego entró el orador en más agradable materia: el amor. El amor, decía, es natural, y éste es el más viejo, y lo sienten todos, buenos y malos, hombres y brutos. El otro, el espiritual, es el que Jesús encargó a sus discípulos que difundieran. Y después añadió: ¿qué buscan esos amores por la tierra? ¡honores! ¿testamentos! ¡monumentos! ¡Ah! pero allá arriba no hay coronas, no hay premio más que para los justos....

Al final nos dió noticias de la navicella de mar: aquella «que navega por la procelosa mar surfriendo los embates de las olas, llevando a los ámbitos del mundo el faro luminoso, etc. etc.»

Después de todo, esta fué la mayor novedad que dijo el Padre Llauder.

E. M.

EN LA VISITACION

El Sr. Mochino.

Según nos dijo un acólito, el Padre Mochino era el encargado del sermón de Pasión en las antiguas Salesas Reales.

Desde luego comprendimos que no íbamos a escuchar a un orador adocenado, y no nos equivocamos. El Padre Mochino es un predicador bastante aceptable, que se hace escuchar con gusto, que huye de los lugares comunes, a que tan aficionados son otros predicadores, y que procura dar a su discurso el carácter que le corresponde, huyendo de vanas é inútiles declamaciones.

Sóbrio en la dición y con maneras reposadas y tranquilas, explicó con gran sencillez la Pasión de Jesucristo, por salvar al género humano, citando ejemplos del mejor gusto, y procurando herir las fibras del sentimiento.

Tiene algunos ligeros defectos, y entre otros, los que más resaltan son su marcado acento extranjero y los defectuosos giros que en ocasiones da a la frase; pero esto, después de todo, no es de censurar, no siendo el Padre Mochino español, y teniendo obligación de dirigir la palabra al público en un idioma que no es el suyo.

P. O.

EN SAN NICOLAS

El Sr. Bedma.

Estaba anunciado que predicaría el Sr. Yagüe, y a este señor nos fuimos a oír: misterios inescrutables de sacristía lo impidieron sin duda, como también

que antes de las cuatro de la tarde se hubiese cantado el pasaje del lavatorio.

Aguardamos pacientemente desde las tres, hasta que una hora después salieron de la sacristía los sacerdotes revestidos, un clérigo cantó con voz ronca el Evangelio acompañado de los acólitos y el sacristán como en familia y a seguida apareció el predicador en el púlpito.

El Padre Bedma es un orador joven que arremete con gran empuje al estilo pintoresco, para resultar relativamente cursi. Sus símiles y sus metáforas son cosa que, después de oírlos, no se creen.

Después de un exordio dedicado a la humildad y a la soberbia, presentando a cada uno de estos atributos con todo género de adjetivos superlativos, padeciendo ambos bajo el cúmulo de tan injusto amontonamiento de dictados, se puso a criticar al Evangelista San Juan por haber escrito este pasaje, crítica de la que salió descalabrado el amado discípulo en su afán de demostrar que él fué el escogido para llevar sobre sus hombros la inmensa abrumadora piedra de todas las virtudes que representa este sublime pasaje.

No dejó el orador este símil de la piedra para patetizar la sublime humildad, la tierna enseñanza del lavatorio, y siguió encariñado con él: Pedro es la piedra; hasta aquí vamos bien, pero es piedra que echa chispas de humildad, como va a procurar demostrar.

Jesús coge un lebrillo, lo llena de agua y se pone a lavar el primero a Judas cosa que debió escamar a éste; mucho más, cuando después dijo Jesús «todos estais limpios del pecado, pero no todos».

Pedro contempla admirado este ejemplo de humildad. ¡Pero qué sorpresa cuando vé a Jesús venir a él para lavarle! ¡Cómo pintar esta impresión! Se pone pálido como un muerto, sus ojos se desencajan de sus órbitas; un rayo súbito que hubiese caído a sus pies; el abismo profundo y pavoroso que le hubiese mostrado su oscuro seno; toda la esfera redonda de la tierra que se hubiese desplomado a sus pies, le sorprendiera menos.

¡Señor! ¡tú lavarme a mí los pies! porque Pedro lo hubiera preferido todo, hasta ir a la cárcel, antes que Jesús diera aquel paso.

Y aquí entra el Padre agitando el Diccionario en exclamaciones: Pedro humilde, bajo, toco, etcétera, etc.; Jesús creador, rey, príncipe, señor, etc., etc. Mas Jesús quiere convencer a Pedro diciéndole una cosa secreta, una cosa que éste no sabe, y es que, si no se dejar lavar los pies, no podrá continuar con él ni entrar en el cielo.

Vete de mi lado; tus redes te esperan, tu barca te aguarda.

Porque hasta en verso parecido le salen a Cristo las palabras dichas a Pedro por boca del señor Bedma.

Por estilo tan levantado y tan sublime llevó el predicador todo su sermón: éste resultó un montón de adjetivos cursis y metáforas risibles.

M. G. J.

EN SAN JOSE

D. Donato Jimenez

El amor y la humildad de Jesús: delicado y hermoso tema para una palabra dulce, sentida, impregnada de unción, y agraciada con ese don misterioso de sondear las intimidades del corazón y arrancar de las cuerdas que sujetan sus fibras las inefables armonías del sentimiento y la caridad que impregnan las sencillas y sublimes máximas del cristianismo.

Mas D. Donato Jimenez es orador de tonos graves, aunque de ademanes nerviosos; de frase severa en la forma, bien que bondadosa en el fondo; de estilo esueto y rígido, más adecuado a los rigores de la discusión escolástica que a las dulzuras y suavidades de la persuasión, cortado para luchar y para convencer, no para conmover ni arrebatar, y hé aquí por qué su discurso, aunque sencillo y templado, no apresuró ni en poco ni en mucho el latir de los corazones de los amados hermanos que le escuchábamos, y apenas si inspiró el suave calor de las reflexiones tranquilas y sosegadas.

Bien conoce y bien define el amor el reverendo sacerdote, cuya frente ancha y rostro breve y austero parecen exentos de toda tentación mundana. Aquel cuadro en que delineaba los contornos borrosos de la amistad, los lazos no siempre fuertes de la coyunda matrimonial; los anillos apretados de las intensas ternuras maternales, y las atracciones de infinitas energías de Jesús para el género humano, salió de su boca bien dibujado, aunque frío, sin color y sin vida, porque no se engendra ésta con la energía y altisonancia de la voz, ni con los arrebatos y nerviosidades de los movimientos, sino con los latidos del sentimiento vibrando al unísono con las inflexiones de la palabra y las misteriosas creaciones de la idea religiosa, modelada con el oro de la verdad, vestida con la púrpura de la bondad y bañada en la radiante luz de la celestial belleza.

La Eucaristía es la representación del amor divino, que se otorga a los poderosos y a los esclavos, a los opulentos y a los pordioseros, a los creyentes y a los escépticos, a cuantos se acercan al altar sagrado, siempre pronto al perdón del pecador, y al cual invitó el orador aun a los que no pisan las losas del templo más que en estos días angustos de santidad y recogimiento.

Discretísimo anduvo en esta parte fundamental de su plática, salvo un regular fatigazo que administró a los que no se descubren al paso del sagrado Viático que sale de su divina mansión en busca del doliente y miserable muriendo.

Cierto que puede ser falta de buena, y aun regular educación; mas no por eso, Padre Donato, es bien que su señoría lo deteste; acuérdese que Jesús perdonó a los que le crucificaban, y su paternidad, más que nadie, tiene el deber de imitarle.

En resumen, el Sr. Jimenez es un predicador comedido, de sano juicio y de prudente discreción, muy bien cortado para disertar sobre moral y combatir vicios sociales, de inteligencia sana y de palabra correcta. Haría, sin embargo, muy bien en no estirar tanto los brazos presentando las manos en guisa de Jesús parando el Sol.

M. A.

EN SANTIAGO

El Padre Barbajero.

El Sr. Barbajero no adelanta un paso. Habla como la primera vez que le oímos hace ya bastante tiempo: con abundancia de palabra y con escasez de ideas.

El sermón de ayer nos recordó el predicado el año último. La misma entonación, los mismos lugares comunes, las mismas frases de repertorio, y los mismos giros.

Sería el Sr. Barbajero un orador apreciable en nuestro Parlamento, sentándose en el banco destinado a las comisiones.

Ya podían ir al orador con argumentos nuevos; el Sr. Barbajero saldría del paso pronunciando discursos y más discursos. Eso sí, quizá no tropezara ni por casualidad con una idea, mas seguiría adelante hilvanando frases, oraciones, y aun párrafos enteros.

En momentos de prueba, estos oradores son insustituibles: parecen a las locomotoras que patinan; hacen ruido, marchan, giran las ruedas, pero no caminan. Quien diga que esto no tiene mérito, da pruebas de no saber apreciar lo bueno.

Una novedad, seamos justos, tuvo el discurso del Sr. Barbajero. Empeñóse el orador contra la moral independiente. La novedad no pasó de ahí, pues en cuanto a lo demás, es decir, a la manera de combatirla, ya es otra cosa.

Si la moral independiente no tuviera más alverarios que el Sr. Barbajero, estaríamos lucidos. El mundo sería de los impíos, los incrédulos y los ateos.

Cuando no se conoce a fondo un tema, se deja. Nadie obliga a nuestros oradores sagrados a meterse en honduras. Quedése eso para los grandes maestros de la palabra, los cuales saben de antemano que si no convencer a su auditorio, a quien han de suponer convencido, lo elevan y lo conmueven cuando menos.

El discurso duró escasamente tres cuartos de hora.

¡Sobriedad laudable en un hombre como el señor Barbajero, que sería capaz, si se propusiera, de hablar de sol a sol sin tropezar una sola vez.

A. A.

EN SAN GINES

D. Manuel Uribe

Los anuncios religiosos de los periódicos decían que predicaría el sermón de Mandato el señor ecónomo, y en los fijados a la entrada del templo, que predicaría el señor cura.

El cual, por lo visto, tenía formado el propósito de conservar el anonimato; pero lo descubrimos en el acto, gracias a un dependiente de la iglesia que satisfizo nuestra curiosidad.

El cura de esta parroquia—nos dijo—se llama D. Manuel Uribe, y es el encargado de dirigir a las tres la palabra a los fieles.

Espera un poco y le oírás.

Antes de esa hora tomamos posición, bien molesta por cierto. De pie, pegados a una columna y sufriendo los empujones de la gente, aguardamos la hora anunciada. Dieron las tres, y las tres y cuarto, y las tres y media, y las cuatro menos cuarto, y no había en el templo ni señales de que orador alguno fuese a ocupar la cátedra sagrada.

A las cuatro, queriendo salir de dudas, nos encaminamos a la sacristía. Allí vimos unos cuantos muchachos en alegre charla. Evidentemente, aquí no hay sermón, nos dijimos; lo que hay es que ese mozo ha querido divertirse con nosotros.

Nos disponíamos a salir a la calle, cuando oímos una voz varonil y poderosa, expresándose con entonación de discurso. El púlpito continuaba desocupado y sin paño. El orador, el Sr. Uribe, comenzaba a dirigir la palabra a los fieles desde el estrado del altar mayor, vuelta la espalda a él y sentado. A derecha e izquierda hallábanse dos curas revestidos con capas pluviales. El de la derecha, hombre entrado en años, excesivamente obeso, meditaba ó dormía profundamente. No pudimos aclarar la duda, y eso que nos lo propusimos. ¡Dios nos perdone si nos inclinamos a creer que dormía!

Había, pues, sermón, como el dependiente del templo nos aseguró; pero a hora distinta de la anunciada. El señor ecónomo de San Gines no brilló ni por su exactitud ni por sus condiciones de orador.

¡Válganos la Virgen y cuántas vulgaridades oímos! El discurso del Sr. Uribe fué una colección de frases hechas sobre la humildad y la caridad. Ni por acaso salió de sus labios una idea nueva: las buenas no eran suyas.

En cambio, la sintaxis era original y de su propiedad exclusiva.

Digamos, en alabanza del orador, que huyó de las imágenes y de las figuras retóricas a que se muestran otros tan inclinados, que el sermón fué breve.

¡Dios se lo tendrá en cuenta!

A. B.

EN CARABANCHEL ALTO

El Padre Hoy.

¡Qué satisfacción tan grande y tan pura la que experimentamos al entrar en la modesta parroquia! Si era un fraile, un fraile de veras, con su capilla a la espalda y su cordón a la cintura.

Como quiera que, desde hace años, hemos perdido la costumbre, no entendemos de uniformes piadosos, así es que no podríamos afirmar bajo juramento a qué orden pertenecía y pertenece el apreciable religioso que ayer se encargó de explicar los sagrados misterios a los fieles de Carabanchel Alto.

Parécenos, con todo, y salvo los zapatos, que debe militar entre los menores observantes de San Francisco.

Se llama Hoy, si no hay error en la tablilla colgada a la puerta de la iglesia, y en rigor merecería llamarse ayer, pues en su aspecto y en su oratoria revive aquel tipo de predicador tan bien retratado por el famoso Padre Isla.

Presume, lo mismo que sus ascendientes espirituales, de muy versado en patrología, y de sobresaliente teólogo, según se deduce de la abundancia de sus citas y textos; pero es el caso que coloca a la buena de Dios las unas y los otros, de donde resulta el más variado, prodigioso é inverosímil de los pistos manehogos.

Había con bastante facilidad, y cuando mejor le parece acude a un Santo Padre, al antiguo ó al Nuevo Testamento, y echa al circo, cogidos del brazo, a Isaías con San Agustín, a Moisés con Justino, y a la esposa de los cantares con Judas Iscariote.

Empezó comparando el Jueves Santo con el primer jueves del mundo. ¿Por qué? porque en este hizo Dios los peces y las aves, quienes habitan, los primeros en lugar tan profundo que no cabe verificación registros, y las segundas en lugar tan alto que no hay modo de subir hasta ellas. Así son, de altos y de profundos, los misterios del Jueves Santo.

Nos dió luego otra estupenda noticia. En los días de la Pasión, el Sol bajó diez líneas, con asombro de las gentes ilustradas, que corrieron a Jerusalem a enterarse de caso tan nuevo.

Volvio otra vez al Jueves Santo, y se puso a deplorar el que no se santificase ahora la fiesta, como en otro tiempo, cuando los reyes lavaban los pies a doce pobres. Comprendiendo sin duda que iba por mal terreno, añadió, sin pararse en repulgos: «y cuando se daba libertad a los presos y hasta a los ladrones».

Encaróse por fin con Judas, y al suponer lo que debió decirle Jesús en el acto del pediluvio, recordó de pronto el libro harto profano de Salomón, y murmuró sin duda para su capote: esta es la mía.

Atribuyó, pues, a Jesucristo las palabras del Esposo: «Abreme, paloma mía, perfecta mía (esto a Judas Iscariote) porque mi cabeza está llena de rocío».

—El perverso Judas—explicó el Padre Hoy,—no hacía caso... Lo comprendemos.

Tampoco lo había hecho la Esposa consagrada; pero ésta cedió y abrió cuando el amado metió la mano por el agujero de la puerta...

Aquí nos echamos a temblar creyendo que iba a salir el resto del versículo.

Pero no salió, a Dios gracias, pues el buen religioso, asustado a su vez, indicó que la esposa, como mujer interesada, había abierto, al ver que la tal mano era de oro emaltada de jacinthos.

En cambio el malvado de Judas no debió creer que fuesen de ley ni los jacinthos ni el oro, pues en vez de abrir, atrancó la puerta.

[Así se la atrancara quien puede á los descendientes de Fray Gerundio de Campazal]

A. V.

(POR LA NOCHE)

EN LAS NIÑAS DE LEGANÉS

El Padre Clavo

Está visto que á este Padre no se le puede sacar punta, porque sigue dando una en el apellido y ciento en la herradura.

Añoche tuvimos una vez más ocasión de convencernos de tamaña verdad.

El penitencionario del Colegio de la Presentación es un predicador menos que mediano.

Habla ó grita su sermón en *fa*, sin inflexiones de voz, sin nada que se parezca á *clamar*, con todo lo que puede buscarse de anticuado en el *Tesoro de predicadores*, desde el chaparrón de adjetivos y de lugares comunes, hasta el golpe final de sacar el Cristo.

Dice: «tus culpas, tu conciencia;» habla sosteniéndose en un pie, y aunque se escucha mucho, no debe oírse bien, por cuanto se come las sílabas.

No escoge, aunque rebusca las palabras y las citas; pide á Jesús que su preciosa sangre sirva para lavar la lengua del que habla y los oídos de los que escuchan; cuenta que Dios Padre descargó sobre su Hijo un golpe *omnipotente*; que al Salvador le dieron cinco mil azotes, y que los sacerdotes le escupieron, le vendaron los ojos, y pegándole en el rostro, le decían: «Adivina quién te ha dado.»

Eso digo yo: adivina quién te dió. Adivinen ustedes quién le ha aconsejado al padre Clavo que predique.

El mayor defecto que tiene el padre Clavo, es que confunde el artículo indeterminado con el determinante; ayer, por ejemplo, dijo que no pudiendo el Salvador soportar sólo el peso de la Cruz, los que le conducían llamaron á un Simón Cirineo, para que le ayudara.

Esto, y el no modificar los párrafos cuando los accidentes del momento lo exigen, hacen que no puedan oírse con gusto las oraciones sagradas de este sacerdote, al que deseamos mayor acierto en las sucesivas.

M. M. G.

EN EL CABALLERO DE GRACIA

El Sr. Larraga

Llámesle Larraga ó Legarraga—que de ambas maneras escriben los boletines religiosos el nombre de este sacerdote;—lo indudable es que tan lejos está el Sr. Legarraga de parecerse á Bossuet, como el señor Larraga de asemejarse á Bourdaloue.

¡Qué manera de adjetivar y de superlativizar, amados oyentes míos!

Ahí va, para que sirva de documento á las generaciones futuras, un párrafo á la usanza de los que endilga el reverendo predicador:

«No contento, no satisfecho, el bueno, el magnánimo, el misericordiosísimo Dios, con haber eriado al hombre, no contento con haber construido para él un soberbio palacio, el magnífico aleazar que llamamos mundo, y encondido en el cielo azul las luminosísimas estrellas y poblado el aire sutilísimo con pájaros de vistosísimo color, y los senos del insondable mar con peces de variedad inenarrable, y el accidentalito suelo con pintadas flores de gratisísimo aroma y frutos ópimos de gusto sabrosísimo; no contento con haberlo hecho rey, monarca, soberano de la creación, como sé, el más exímio y conspícuo de la tierra, se dignó redimirle de sus atrocísimas culpas, de sus horrendos crímenes, de sus nefandos pecados, ofreciéndose como víctima á un cruento sacrificio, y descendiendo desde las alturas eminentes del cielo á las bajuras íntimas de la tierra...»

Bien sabe Dios, el Supremo Hacedor, el Principio y Fin de todas las cosas á objetos, que el padre, el sacerdote, el clérigo, el médico de almas Larraga ó Legarraga, no obrará milagros con su elocuencia, ni hará que la luz intensísima de la Divina gracia, el bálsamo que cura las enconadísimas llagas, las abiertas heridas de la duda, se tome el trabajo, la pena, la molestia, el disgusto, la desazón, de convertir á ningún pecador de los que viven en estas bajuras íntimas.

J. M.

EN LA CATEDRAL

El Sr. Magistral

Tempranito para coger buen sitio, y con ánimo de oír un buen sermón, dio la primera catedral de España, nos dirigimos anoche hacia la calle de Toledo.

Poco antes de comenzar la peroración religiosa era imposible que penetrara en la iglesia ni un alma más, aunque estuviese en gracia de Dios, porque ya el fervor religioso había llevado una multitud inmensa de ellas, ansiosas de regenerarse con la palabra divina emanada de los labios del señor Magistral.

No digamos que las esperanzas fueron defraudadas por completo, pero tampoco que el resultado fué digno de ellas.

El Sr. Magistral que ocupó la cátedra del Espíritu Santo, posee un timbre de voz, ó mas bien una voz de timbre tal, que produce frases cortadas y cuyas últimas palabras quedan un momento vibrando entre los labios como en los aires la última vibración de una campana, y después hay un momento de silencio, durante el cual el orador parece que se extasia observando el efecto de su golpe de palabras.

La acción guarda armonía con la manera de decir. Así, extiende los brazos unas veces, permaneciendo en cruz durante el momento de silencio; otras, pareciendo que su cuerpo vacila y va á caer, se agarra fuertemente al borde del púlpito; y otras, por fin, colocando delante del rostro una mano abierta nerviosamente, parece decir que son cinco los mandamientos de la Santa Madre Iglesia, aunque realmente habla de otra cosa muy ajena al ademan.

Aunque en general bastante correcto en la construcción y en la pronunciación esmerada, no dejó de decir, casi á continuación una de otra, las palabras *santidad, majestad, piedad, libertad y virginidad*.

Hablando de lo desfigurado que los tormentos habían dejado á Jesucristo, dijo que ni su madre le conocía.

Tampoco se conoció anoche que el sermón fuese pronunciado por el señor Magistral de la Catedral de Madrid.

S. A.

EN SAN LORENZO

El Padre Gallego

La verdad es que no pasan días por nosotros. Un año y otro y otro, acudimos á oír la palabra divina, y no encontramos variación. Los mismos oradores, el mismo público que cruza indiferente el templo para ver las decoraciones del monumento, y salir por otra puerta sin pasar mientes en el predicador, los mismos argumentos en este, las mismas curserías; en fin, que todos nos parecen iguales.

El Padre Gallego es un orador muy á propósito para la gente del barrio en que está enclavada la iglesia del mártir de la parrilla. Su peroración es análoga á las declamaciones que se usan en el inmoderado Teatro de la Primavera. Las palabras salen de su boca hinchadas, ampulosas, llenas de viento y algunas se parecen á los cohetes que estallan antes de elevarse.

Así es que queriendo fijarse más en el ruido que en la propiedad de las voces, el Padre Gallego se

equivoca con frecuencia y rectifica la palabra pronunciada; pero á cambio de eso, cuando en la palabra encuentra *rrrr*, se despacha á su gusto y dice: *Rrrrrrededor, hrrrrrmosura*, y, en fin, un relaboleo.

De ideas y argumentos no hablemos; todos parecen que las sacan del mismo almacén de vulgaridades y errores.

El Padre Gallego puso verde al rubio Julás, y vituperando la conducta de ese pijo, decía: «¿O—que después de haber dado su sangre por salvarte, le vendes por treinta dineros?»

Usted dispense, Sr. Gallego; lo de los dineros fué antes, lo de la redención por la muerte fué después.

Al menos así nos lo han enseñado á nosotros. ¡A menos que en eso haya habido alguna reforma!

A. C.

EN LOS NATURALES DE SAN PEDRO

El Padre Corrales

El Padre Corrales tiene voz suave, acento persuasivo, no imita á otros que se incomodan y gritan en el púlpito como si ejercieran de mala gana su sagrada misión; el tonillo cariñoso que emplea á veces, sobre todo al comenzar los párrafos, y hasta el suave silbido de las *ss* en que se deleita en ocasiones, son las cualidades que dan atractivo á su oratoria.

Cerrando los ojos, parece en algunos momentos que el que habla es un serafín de los que dicen «santo, santo, santo.» Es decir, que para el púlpito preferimos la voz afeeminada del Padre Corrales á las destempladas voces de otros sacerdotes robustos que parecen los barbas del gremio.

Lo que encontramos en el Padre Corrales es alguna que otra contradicción.

Pregunta, por ejemplo, el *cobarde* Pilatos ¿qué debe hacerse con Jesús? «el mundo, ese mundo por quien hemos hecho tantos sacrificios, hasta sacrificios de sangre, contesta: ¡crucifícale! ¡crucifícale!»

No sabemos hasta qué punto habrá hecho sacrificios de sangre por el mundo el Padre Corrales; pero en cuanto á disculpar á ese mundo, el propio orador lo verificaba al parafrasear el «Padre mío, perdónalos que no saben lo que se hacen,» poniendo en boca de Jesucristo frases de disculpa que pueden pasar por razones de peso.

«Ellos no saben quién soy, no saben que vengo á salvarlos, ignoran que soy tu enviado, que soy el rey del mundo, que esta muerte mía es necesaria para redimirlos...» en fin, que faltó poco para que dijera: «hacen bien, hacen perfectamente, van por buen camino...»

A los judíos los trató el Padre Corrales como se merecen. Viven despreciados de todos, no tienen templo, ni rito, ni esperanza... y un sujeto que estaba á nuestro lado decía en voz baja: pero tienen casi todos los ferrocarriles, andan en coche y sus rentas se cuentan por miles de millones.

También nos anunció el Padre Corrales que la sociedad se desquicia y que pronto no quedarán del mundo sino ruinas.

Esto último, por si es verdad, tenemos la honra de trasladarlo al Sr. General Martínez Campos para su conocimiento y efectos consiguientes. ¡No dirá que no se lo decimos con tiempo, si es que aún estamos á ídem.

M. M.

EN SANTA CRUZ

El Sr. Sarmiento

Desde que el Padre Sarmiento pronunció las primeras frases del exordio, comprendimos que nos las habíamos con un orador de alientos.

Su voz, en un principio débil, va adquiriendo vigor á medida que el predicador avanza en su discurso. Toma las inflexiones de la energía cuando apostrofa con santa indignación á los verdugos de Jesús, y se hace dulce y persuasiva cuando invita á sus oyentes á que practiquen las saludables enseñanzas que contienen las sublimes frases del Maestro.

El grandioso drama del Calvario tuvo en el Padre Sarmiento un narrador notable. La perfidia de Pilatos, la excesiva crueldad del pueblo judaico, la penosa subida al Gólgota, el encuentro de Jesús con su Madre, los últimos momentos del Justo, fueron otros tantos cuadros presentados por el orador con profundo sentido de la realidad, sin recargarlos de tintes sombríos y sin fulminar rayos de ira sobre aquel pueblo destinado por las sagradas profecías á que el terrible sacrificio se cumpliese.

Si el Padre Sarmiento tuviera sobre su imaginación igual dominio que sobre su palabra, sería un predicador perfecto. Así y todo, ya quisiéramos que los demás fueran como él en estos tiempos.

E. M.

EN LAS CARBONERAS

El Sr. Corroto

Segun decía *El Siglo Futuro*, órgano autorizado, predicaría en las Carboneras el Sr. Corroto, y *La Correspondencia*, por su parte, decía que no; que el orador se llamaba Corroto.

¿Corroto... ó Corrotto?... ¿En qué quedamos?

En caso de duda, abstente; dice el refrán: y esto hubiéramos hecho si, aguijoneados por la curiosidad no hubiéramos ido á leer el anuncio en la misma iglesia y encontrado con el predicador, no solamente se llamaba Corroto, sino además, como segundo apellido, Miserere.

Corroto y Miserere! Qué par de apellidos tan simbólicos y expresivos para un orador.

¡Nada! que allá nos fuimos ardiendo en curiosidad, y á la hora marcada comenzó su plática el señor Corroto y Miserere.

Tomó el orador en el exordio el tiempo presente y ya no lo abandonó en un solo caso de conjugación. ¿Qué os trae, amados hermanos, á hora tan intempestiva al templo?—eran las ocho de la noche, y andaba la gente toda por calles y templos.—Ya lo veo y lo advino sin gran esfuerzo—alzando la mano derecha,—retratado en vuestros semblantes pálidos y melencólicos—alzaba la mano izquierda,—y en vuestros ojos llorosos—alzaba las dos.

El *lastimoso* espectáculo—alzaba la mano derecha y así sucesivamente—que hoy la Pasion ofrece!

Terminado el *lastimoso* exordio, relató toda la *lastimosa* pasión: en el huerto; en casa de Pilatos, donde se vió obligado Jesús, por el honor de su padre, á contestar á los cargos que éste le hacía; en la calle de la amargura, donde los corazones de Jesús y María quedaron sumidos en profundo silencio; en el Calvario, en todas partes había para el orador un espectáculo *lastimoso*, siempre *lastimoso*.

Llegó Cristo á sus últimos momentos, y el predicador á sus últimas palabras.

«Vuestro hijo se muere porque estas gentes se han apresurado á quitarme la vida. *Consumatum est*» dijo Jesús, y espiró.

Entonces sacó el Cristo y lo sacó de verdad, y mostrándolo, añadió: «Hé aquí crucificado. ¡Qué espectáculo tan *lastimoso*!»

El Siglo Futuro no tenía razón; el orador no es un Corroto; pero es un predicador *lastimoso* hasta no más.

G.

EN EL BUEN SUCESO

El Padre Montalban

Es el Padre Montalban un orador de quien hemos hablado varias veces. Así, como quiera que es ya conocido de nuestros lectores, ahorramos la presentación.

No tenemos que decir hoy cosa nueva de su persona ni de su oratoria. Pero tenemos que decir algo del sermón que anoche predicó en el Buen Suceso, y que fué un suceso, pero malo.

El Padre Montalban se acuerda, por lo visto, de que no ha salido bien librado de nuestras críticas. Por eso anoche trató de ponerse el parche antes de que hoy le saliera el grano, y habló de impíos que hacen bafa y mofa de los predicadores.

¡Alto ahí, Sr. Montalban! nosotros, si es que por nosotros lo dijo usted, no hacemos nada de eso. Nos limitamos á criticar las formas oratorias de los predicadores, y creemos haber prestado con ello un servicio, por lo menos en estos días, á la elocuencia sagrada en Madrid. Porque ¡buena diferencia hay entre el cuidado que ponían los predicadores en sus palabras y el que ponen ahora!

Verdad es que este año parece que anda la cosa medianeja, y usted mismo, Padre Montalban, se ha desdolido un poco, y lo ha hecho todavía peor que el año pasado. Mas, este desengaño, que pone á prueba nuestra constancia, no quebrantará nuestro propósito.

Si, Sr. Montalban; estamos resueltos á todo: hasta á oírle á usted de nuevo en el sermón de ayer.

Y ¡cuidado con el sermón! El predicador se empeñó en hacer una aplicación directa de todos los pasos de la Sagrada Pasion de Cristo á la sociedad actual, y hallaba unas analogías tan congruentes como las que puede haber entre su bonete y el día primero del mes.

Metido en harina, puso de ropa de Pásona á la sociedad presente y vió unas veces á los reyes con cetro de caña, que al transigir con las tendencias de esa sociedad se hallaban silbados por las muchedumbres, y otras crucificados á los gobiernos, quienes, cuando pedían agua, se encontraban obsequiados con petróleo.

¡Si se dan unos chascos! Nosotros, por ejemplo, íbamos á oír el relato sencillo, bien sentido, y por ello sublime de la Pasion, y nos encontramos con las extravagantes analogías del Padre Montalban.

M. T.

TELEGRAMAS

LA DESATENCION DE UN PRÍNCIPE

LONDRES 7.—Los periódicos de Londres censuran unánimemente al duque de Edimburgo, hijo de la reina Victoria, porque al presentarse en un buque de guerra delante de Cannes olvidó tomar las precauciones necesarias para hacer los saludos de ordenanza á la plaza.

Este incidente ha producido aquí muy mala impresión, según dice la prensa inglesa.

ITALIANOS CONTRA ABISINIOS

ROMA 7.—El nuevo ministerio ha acordado pedir á la Cámara un crédito de 80 millones de francos para atender á los gastos de la ocupación de Massauah y enviar allí un ejército de 15.000 hombres.

EL PANISLAVISMO

MOSCOW 7.—Ayer se celebraron en la catedral de esta ciudad solemnes funerales en sufragio de los búlgaros fusilados recientemente en Rustchuk y Silistria.

Oficio de pontifical el metropolitano sérvio Miguel, y asistieron á la ceremonia el gobernador de Moscú, 200 oficiales del ejército y muchos hombres políticos.

Entre éstos merecen especial mención Gromoff, Dimitrieff y Katkoff, director de la *Gaceta de Moscú*.

El metropolitano pronunció la oración fúnebre, haciendo la apología de los que se levantaron en armas en aquellas ciudades de Bulgaria en defensa de la causa eslava contra un gobierno opresor.

Al anochecer se verificó un gran banquete presidido por el gobernador, en el cual se pronunciaron patrióticos brindis.

Los búlgaros que asistían á él dirigieron un telegrama al Czar, pidiéndole que rescata a su patria, víctima de la opresión y de la tiranía.

El Czar contestó felicitando á los búlgaros refugiados en Rusia por su celo patriótico.

Fabra.

SECCION DE NOTICIAS

Para evitar los abusos que suelen cometer algunos vendedores en los días de jueves y viernes Santo, advertimos al público que cada número de EL GLOBO vale sólo CINCO

CÉNTIMOS.

Reunidos anoche los propietarios que componen la junta directiva que ha de entender en los preparativos para una junta general más extensa que la habida el domingo último en el número 5 de la calle de Galileo, con objeto de elegir un candidato para las próximas elecciones, y que como propietario y ajeno á la política vele por los intereses del distrito de la Universidad, esta ha acordado citar á esta reunión á todo propietario ó elector de dicho distrito que se encuentre dispuesto á secundar dicho pensamiento, para lo que oportunamente se avisará por medio de circulares y anuncios.

El Sr. Navas, dueño del gran depósito de pianos, Puencarral, 33, principal, que presenta siempre los mayores adelantos de esta industria, acaba de recibir varios de los sin rival *Steinway et Sons* (de New York), inventores del sistema á cuerdas cruzadas, clavijero y armadura de acero de una sola pieza, cuya gran sonoridad en los verticales equivale á los de cola de otros autores. Los célebres Gaveau (de París), y *Romisch* (de Alemania), que así como los *Steinway* sólo se venden en su depósito, traen también el clavijero de hierro indispensable para el sostenimiento de la afinación, lo cual constituye un nuevo é inmenso progreso del piano, de que todo filarmónico debe estar impuesto.

Dicen algunos periódicos que entre los detenidos con motivo de la aprehensión de unos carros de cartuchos en Girona, hay dos autoridades que ejercen importante cargo popular en pueblos de dicha provincia.

En la madrugada de anteyer, según telegrama de Palma, se declaró un violento incendio en una fábrica de mantas de aquella población, dejando destruido por completo todo el taller de máquinas y parte del edificio.

No han ocurrido desgracias personales.

En Tángier se da como cosa cierta que la sheriffa de Wasan ha estado á punto de morir víctima de una tentativa de envenenamiento. Los rumores que sobre este asunto han circulado, no se han confirmado todavía.

En Azofra (Logroño) un violento incendio ha destruido dos casas. Afortunadamente no han ocurrido desgracias personales.

Los ministros de la Guerra y de Gobernación celebraron ayer tarde una detenida conferencia en el despacho de este último.

Por el ministerio de la Guerra se ha dispuesto que el ingreso de alumnos en la segunda sección de la Academia general central de infantería de Marina, se verifique los días 1.º en los meses de Enero, Abril, Julio y Octubre.

Los periódicos de Cádiz dicen que se trata de establecer en Algeciras una caseta que sirva para palomas mensajeras.

En esta caseta se instalarán 200 pares de estas aves.

Dicen de Zamora que ha sido robada é incendiada una casa de Piñilla Toro, donde se custodiaban las alhajas de la iglesia de dicho pueblo. Los autores no han sido habidos.

También ha sido robada la iglesia de Corbins (Lérida), llevándose los ladrones todos los efectos de plata que existían.

Contra las calenturas nada hay superior *Quina Laroche*.

Parece que efecto de las reclamaciones que se han hecho se va á prorrogar el plazo de admisión de la moneda de plata antigua.

También se dice que pronto comenzará la recolección de la moneda antigua de oro de valor de 80 reales.

¿OTRO PETARDO?

A pesar de la festividad del día, el gobernador señor duque de Frias, descubrió ayer, por medio de sus agentes, un depósito de armas en la calle del Reloj, núm. 16, cuarto bajo.

En esta habitación, que se halla desahogada, se han encontrado 39 carabinas Remington, de caballería, nuevas, flamantes; siete cajitas y cuatro largos taleguillos de cartuchos con bala para dichas armas, y un cajón pequeño y cerrado que se cree contenga materias explosivas.

La autoridad judicial conoce ya del asunto.

Hasta ahora parece que no se ha hecho detención alguna.

Parece ser cosa convenida por los individuos de la comisión del proyecto de ley de asociaciones no admitir el anteproyecto del Sr. Morelo, como voto particular al mismo y sí como enmienda al art. 1.º

Circuló ayer el rumor de haber estallado en las inmediaciones de las Salesas un fuerte petardo; pero según se nos dijo el estallido lo produjo el experimento hecho en el laboratorio químico del Palacio de Justicia, con uno de los petardos últimamente encontrados.

La detonación produjo alguna alarma, pero no pasó de aquí.

CULTOS

Por la mañana, á primera hora, se predicará sermón de Pasion: en las Peñuelas, el señor Cura; en Cañizares, el Sr. Cuevas; en San Martín, el señor Meneses, y en las Trinitarias, el Sr. Avila; en la Escuela Pia de San Fernando, el Padre Iglesia.

En la catedral, Capilla Real, parroquias y demás iglesias, se harán los Divinos Oficios á las horas anunciadas.

A las doce tendrán lugar en el ejercicio de las Siete Palabras, y predicarán: en el Caballero de Gracia, el Sr. Cardá; en la Real Capilla, el Sr. Villala; en San Antonio del Prado, el Sr. Garamendi; en Atocha, el Sr. Rizo; en el Espíritu Santo, el señor Belda; en San Martín, el Padre Hidalgo; en San Lorenzo, D. Lope Ballesteros; en San Andrés, el Padre Genover; en las Salesas, el Padre Velez; en los Servitas, el Sr. Montalban; en Góngora, el señor Menendez, y en las Recoigidas, D. Donato Jimenez.

Por la tarde saldrá de la parroquia de San Ginés la procesión pública por la carrera de costumbre, y en las Descalzas se hará la del Santo Entierro.

Al anochecer predicarán el sermón de Soledad: en la Paloma, el señor Rector; en las Maravillas, el señor Rector; en Alarcón, el señor Arce; en las Trinitarias, el Padre García de la Iglesia; en las Recoigidas, el Padre Maruri; en Góngora, D. José Muñoz; en el Buen Suceso, el Sr. Alonzo; en las Arrepentidas, el Sr. Sanz; en los Servitas, el Sr. Espinola; en las Salesas, el Padre Pelaez; en San Lorenzo, D. Pedro Pascual; en las Descalzas, el Sr. Alia; en San Martín, el Padre Domingo; en San José, el Sr. Yagüe; en el Espíritu Santo, el Sr. Rizo; en Atocha, el Sr. Meneses; en San Pedro, el Sr. Conde; en San Pascual, el Padre Iglesia; en el Refugio, el Sr. Herce; en Santa María, el señor Cura; en la enfermería de la V. O. T., el Sr. Puibert; en Cañizares, el señor Cuevas; en el Cristo de la Salud, el Sr. Yubero; en Santa Cruz, el Sr. Anglada; en la catedral, el señor Magistral; en San José, el Sr. Guizarro; en San Sebastian, el Sr. Segovia; en las Carboneras, el Sr. Robles; en Santa Isabel, el Sr. Cardona; en los Flamencos, el Sr. Montalban; en las Peñuelas, el señor Cura; en San Antonio del Prado, el Sr. Gamin; en Montserrat, el Sr. Besalu; en San Justo, el señor Guizarro; en Santiago, el Sr. Barbajero; en los Naturales, el Sr. Avila; en San Millán, el señor Cura; en Nuestra Señora de Gracia, el señor Rector; en Paño, el Sr. Gabino; en las Jerónimas, el Sr. Morlans; en San Ginés, el Padre Santiago Serrano; en las Catalinas, el Padre Iglesia; en el Caballero de Gracia, D. Donato Jimenez; en el Asilo del Corazon de Jesús, el Sr. Beriz; en San Jerónimo, el Sr. Capp; en Chamberí, el Sr. Catalan, y en la Pasion, el Sr. Sarmiento.

Los medicamentos del Dr. Burggraefe y notablemente el *Sedlitz Chanteaud*, purgante salino refrescante, disfruta justamente en todo el mundo de una reputación indudable, debida á la buena fabricación de estos productos. La creación de la farmacia dosimétrica y del *Sedlitz granular*, han valido á su autor Mr. Ch. Chanteaud las condecoraciones de comendador de Isabel la Católica y del Cristo de Portugal.

Desconfíese de las falsificaciones peligrosas del *Sedlitz Chanteaud* y de los medicamentos dosimétricos del Dr. Burggraefe.

Depósito general: Sociedad Farmacéutica Española G. Formiguera y Compañía, Barcelona. Véndense en la mayoría de las farmacias de España y sus colonias.

BOLSA DE PARIS

PARIS 7.—Apertura de la Bolsa de hoy: 4 por 100 exterior español, 81,09.

LONDRES 7.—Apertura de la Bolsa de hoy: 4 por 100 exterior español, 83 3/4.

PARIS 7.—Bolsa fondos franceses: 3 por 100, 80,70 1/2 por 100, 109,55.

Fondos españoles: 4 por 100 exterior, 81,15.—Obligaciones de Cuba, 491,00.—Consolidados ingleses, 102 3/8.—Última hora: 4 extr. por 100 español, 81 1/8.

LONDRES 7.—Clausura de la Bolsa de hoy: 4 por 100 exterior español, 83,68.

BOLSA DE MADRID

MADRID.—Contado, 0,000.—Fin de mes, 68,66 operaciones. Poco negocio.

BARCELONA.—Sin partes.

PARIS, sin partes.

Temperatura.

La temperatura de ayer en Madrid á la sombra, según las observaciones de los ópticos Sres. Aramburo hermanos, Principio, 12, fué la siguiente:

A las ocho de la mañana, 8 centígrados

EL HIERRO BRAVAIS

Las personas anémicas y debilitadas por el empobrecimiento de la sangre, a las que el médico aconseja el empleo del HIERRO BRAVAIS, encontrarán en las gotas concentradas de HIERRO BRAVAIS con preparaciones ferruginosas.

EL HIERRO BRAVAIS

no produce calambres, ni fatiga del estómago, ni diarrea ni estreñimiento de vientre. No tiene ningún sabor ni olor ni lo comunica al vino, al agua ni a cualquier otro líquido con el cual puede tomarse. JAMÁS ENNEGRECE LOS DIENTES.

EL HIERRO BRAVAIS

Los Colores pálidos, afección tan generalizada entre las jóvenes en el período de su formación; la Anemia, la Clorosis, precursoras del mayor número de afecciones crónicas, se combaten eficazmente con el empleo regular del HIERRO BRAVAIS.

EL HIERRO BRAVAIS

Reconvierte a la sangre de color pálido con la enfermedad. NUMEROSAS IMITACIONES. Exigir la firma, R. BRAVAIS. Impresa en rojo. Depósito: en la mayor parte de Farmacias.

SANTO DEL DIA

San Alberto.

EL CENTRO GENERAL de coacciones y nodrizas, amas de gobierno, doncellas, criadas, huéspedes, etcétera, personal de todas clases. Milaneses, 7, pral.

MARQUETERIA

Máquinas de todas clases; sierras superiores, magníficos dibujos, madera y toda clase de útiles y accesorios. Se envían directamente los pedidos. Catálogos gratis y franco de porte a todo el que los pida.

JULIO SOLAR.—Zurbano, 8 Barcelona.

DR. GONÍ especialista en las vías urinarias y matriz. MONTERA, 11.

EN POZUELO la estación, se vende una posesión de recreo; gran jardín y huerta. Razon, Mayor, 83, portaria.

A LOS PROPIETARIOS

Se administran casas; garantía. Darán razón en esta administración.

A LAS INDUSTRIAS

Un fogonero con más de 16 años de práctica en ferrocarriles y buenos establecimientos, desea colocarse dentro ó fuera de esta población. Darán razón, Fúcar 14, 2.º

LA FICCIÓN Y LA VERDAD

DE LO OCURRIDO EN YAP

POR

D. S. MABENCO

Se encuentra a la venta en la Redacción de este periódico y en las principales librerías de Madrid. al precio de 3 reales

Un joven desea colocarse de corredor u otra ocupación del comercio. En esta administración informarán.

ADMINISTRADOR

Una persona de reconocida aptitud y con fianza suficiente, se encarga de la cobranza de alquileres y de cuantos asuntos se le encomiendan. También se encarga de todos los negocios que se le anuncian por el correo. Darán razón, Paseo de las Delicias, 4, 2.º

SOMBREROS

de señoras y niños; últimas novedades, desde los más económicos hasta los de más lujo; se reforman. HERNAN-CORTES, 10

Un matrimonio sin hijos desea una guardería u otro empleo fuera de Madrid. Tiene personas que le abonen. Razon, Lavapiés, 8, 4.º

COMPANIA COLONIAL

Chocolates, cafés y té, tapioca-Sagú. Todos los productos de esta casa se distinguen por este sello.

Marca de Fábrica

Mayor, 18 y 20



registrada.

Montera, 8 Madrid

GOTA · PIEDRA · REUMA

No pueden ser curados sin LITINA. Las Sales de Litina granuladas efervescentes de Ch. LE PERDRIEL, ingeridas en pequeña dosis, hacen desaparecer pronto las arentillas y arenas (uratos insolubles arrastrados por las secreciones uricas). Este fenómeno explica su eficacia contra las enfermedades arriba indicadas. PARIS: Le Perdriel, 11, Rue Milton. VÉNDENSE EN TODAS LAS FARMACIAS

29, LUNA, 29

M. GARCIA

MOBILIARIOS de alquiler y venta. Sillerías, gabinetes, colgaduras; precios sin competencia. LUNA, 29.



TONICO ORIENTAL.

Limpia, Perfuma, Aumenta, Conserva y Hermosa

EL CABELLO.

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS Y PERFUMERIAS DE LA PENINSULA. Depósito: Sras. Vicente Ferrer y Compañía.—Barcelona.

FOLLETIN DE EL GLOBO

17

AVENTURAS DE UN HIDALGO

POR

SIR EDWARD BULWER LYTTON

ti ningún requisito a fin de no perder el fruto de una ocasión que tan felizmente se me había presentado. Al dar la mano a mi nueva conocida para ayudarla a subir a su coche, se la apreté, y tuve la satisfacción de sentir que me devolvía la presión.

—¿Ireis a la embajada esta noche?—me dijo la señora en el momento en que cerraban la portezuela del carruaje.

—Si vais, desde luego—le contesté.

—Entonces allí nos volveremos a ver—me dijo ella y me dirigió una mirada llena de promesas.

Continué mi paseo en el bosque, y dejando mi caballo en manos del criado cerca de Passy, donde debía encontrar a la señora de Anville, proseguí mi camino a pie.

Llegaba precisamente al sitio convenido y veía ya a mi «amadora», cuando cruzaron por mi camino dos hombres hablando muy acaloradamente.

Ne se fijaron en mí; pero es muy raro que a mí se me escape nada. Uno de ellos era Thornton; el otro quien sería? (En donde había yo visto ese rostro pálido y de expresión tan singular? Miré de nuevo. Me quedé satisfecho al pensar que mi primera impresión no era cierta. Los cabellos eran de un color diferente. ¡No, no!—dije,—no es él; ¡pero cómo se le parece!

Estuve distraído y obsorto todo el tiempo que permanecí al lado de la señora de Anville. El rostro

del compañero de Thornton me perseguía como un fantasma; y a decir verdad, había momentos en que el recuerdo de mi nuevo compromiso para la noche me volvía indiferente hacia esa mujer, que me dispensaba en este momento la honra de manifestarme la simpatía que yo le inspiraba.

La señora de Anville no tardó mucho en notar la frialdad de mis maneras, y experimentó, aunque francesa, más dolor que resentimiento.

—Empezais a cansaros de mí—me dijo;—pero esto no me sorprende cuando considero lo joven que sois y las tentaciones que os asedian. Sin embargo, confieso que esta idea me entristece más de lo que yo hubiese creído.

—¡Ah! hermosa amiga mía—le dije,—¡os equivocais; os adoro; pero se hace tarde!

La señora de Anville suspiró y nos marchamos. No es tan agradable como antes—pensé al subir a caballo;—y me oí de mi cita en casa del embajador.

Me esmeré en el vestir aquella noche y me hice conducir a la embajada, calle del «faubourg Saint-Honoré», media hora antes que de costumbre. Estuve mucho tiempo recorriendo los salones antes de ver a mi heroína de la mañana. La duquesa de H. entraba en ese momento.

—¡Qué soberbia mujer!—le dijo al señor Aberton, M. Howard de Howard, caballero delgado, que no tenía otros méritos que los de sus antepasados.

—¡Es cierto!—contestó Aberton;—pero la duquesa de Perpignan me gusta más, ¿la conocéis?

—No!.. ¡sí!..—dijo M. Howard de Howard,—es decir, ¡no mucho!.. (Un inglés no confiesa nunca que no conoce a una duquesa.)

—¡Hem!—dijo el señor Aberton pasándose su larga mano por su cabellera reluciente,—¡hem! ¿creéis que se pueda conseguir algo por ese lado?

—Yo creo que no sería difícil, siempre que fuese... alguien bien parecido—contestó el aristocrático esmerpento mirando sus piernas torcidas.

—Decidme—prosiguió Aberton.—¿Qué opináis de miss?... dicen que es una rica heredera.

—¿Lo que opinó?—dijo M. Howard de Howard,—que era tan pobre como flaco... pues he pensado en ella.

—Dicen que ese fátuo de Pelham anda detrás. (El señor Aberton no creía que en el momento en que

emita esta observación, hallábase justamente de más de él.)

—No creo que esto sea cierto—dijo el secretario de embajada,—está muy entretenido con la señora de Anville.

—¡Bah!—dijo Aberton con seguro acento.—Ella no se ha ocupado nunca de ese individuo.

—¡Estais seguro, Mr. Howard de Howard?

—No puedo asegurarlo, pues él no me ha enseñado nunca una carta de ella, ni ella le ha dicho a nadie que tuviese relaciones con él.

—Esto me basta—dijo el secretario de embajada.

—¿Pero no es la duquesa de Perpignan la que ahora entra?

El señor Aberton se volvió, yo hice otro tanto, nuestras miradas se cruzaron, él bajó los ojos; era lo menos que podía hacer después del epíteto poco cortés que había agregado a mi nombre. Sin embargo, tenía yo tan buena opinión de mi persona, que no quise ocuparme de la suya. Además, en ese momento me enloqueció el placer y la sorpresa al descubrir que la duquesa de Perpignan era mi desconocida del Bosque de Bolonia. Comprendí la mirada que la dirigí, y se inclinó sonriendo.—Ahora—pensé al acercarme a ella,—veamos si puedo eclipsar al señor Aberton.

Todos los enamorados son iguales. Por lo tanto, no cansaré a mis lectores con la conversación que entablé esa noche. Si quieren recordar que Enrique Pelham era el enamorado, estoy convencido que estarán casi seguros de su buena suerte.

CAPITULO XIX

Comi el día siguiente en los «Freres Provençaux» (excelente restaurant,) donde sirven caza irreproachable, y en donde se encuentran muy pocos ingleses. Después de comer visité las casas de juego del Palais Royal, que, como es sabido, está testado de ellas.

En una de estas casas, el gentío y el calor eran tales, que me hubiera retirado inmediatamente, si no me hubiese llamado la atención la expresión de indescriptible interés, retratada en el rostro de uno de los espectadores que se hallaba cerca de una mesa del «negro y encarnado.» Era un hombre que tendría unos cuarenta años, de tez pálida; sus facciones eran pronunciadas y de esas que generalmente se

Elixir Digestivo de Pepsina

de GRIMAUT Y C^{ia}, Farm. en Paris

Deliciosa preparación que tiene la propiedad de suplir en el hombre la falta de jugo gástrico, elemento indispensable de la digestión. Cura ó evita:

Las Malas digestiones, la Jaqueca, las Nauseas y las Acidias, los Vómitos, las Gastritis y Gastralgias, la Diarrea, los Calambres de Estómago, los Embarazos gástricos, las Enfermedades del hígado.

Combate los vómitos de las mujeres encintas y tonifica a los ancianos y a los convalecientes.

En Paris, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.

PORCELANA, LOZA, CRISTAL

Por traslado de local se venden con gran rebaja los géneros corrientes, precios fijados y a la vista en los objetos.

Arenal, 24, esquina a la de las Hileras

TIPOGRAFIA Y ENCUADERNACION

DE

EL GLOBO

SAN AGUSTIN, 2

Recientemente montado este establecimiento en ambas secciones con toda la perfección que proporcionan los adelantos modernos, lo ponemos con gusto a disposición del público, para toda clase de impresiones de anuncios, periódicos, folletos u obras extensas, así como para todo cuanto se refiera al ramo de encuadernación, pudiendo ofrecer gran economía en los precios, por no guiarnos la idea del lucro y no ser los servicios que ofrecemos el único objeto del establecimiento.



EL SEÑOR DON

JUAN VICENTE GRANDE Y MOHEDANO

Alumno de la facultad de Medicina,

Ha fallecido en esta Corte el día 7 del corriente

A LA EDAD DE 21 AÑOS

R. I. P.

Sus padres D. Roman y Doña Josefa, sus hermanos D. Natalio y Doña Maria del Prado, hermano político D. Casimiro Pasamontes, y demás parientes

Suplican a sus numerosos amigos se sirvan encomendarle a Dios y asistir a la conducción del cadáver, que tendrá lugar hoy 8, a las tres de la tarde, desde el Colegio de San Carlos al cementerio de la Sacramental de San Lorenzo, en lo que recibirán favor.

El duelo se despide en el cementerio. No se reparten esquelas.

llaman buenas facciones. Pero en sus ojos y en su boca se retrataba una expresión siniestra, que daba a su figura un aspecto desagradable más bien que amable y comedido. A corta distancia de él, jugando con negligencia y desprecocupación, que contrastaba de un modo singular con la ansiedad dolorosa del otro, hallábase sentado el señor Thornton.

A primera vista se veía que ellos y yo éramos los únicos ingleses que se hallaban en este sitio. Me sorprendía aún más la actitud del primero de estos individuos, que la presencia en este lugar de Mr. Thornton; el extranjero tenía un aire distinguido que desdecía del círculo en que se encontraba. Por el contrario, las maneras y el traje del que fné mi padrino, parecían estar más en su centro.

—¡Cómo! otro inglés, pensé cuando vi al volverme un gran gaban de paño burdo y grosero que no cubría ciertamente espaldas continentales. El que lo llevaba estaba precisamente enfrente del extranjero de rostro pálido al otro lado de la mesa. Tenía su sombrero calado hasta las cejas. Maniobré con objeto de poder ver sus facciones. Era precisamente la persona que había visto con Thornton el día anterior. Nunca olvidaré mientras viva la mirada dura y feroz con que observaba el rostro agitado y ansioso del jugador que tenía enfrente de él. No era ni placer, ni odio, ni desprecio lo que hacia centellear sus ojos, contrayendo los pliegues de su boca; no; era una mezcla diabólica de estas tres pasiones reunidas.

Este hombre no jugaba, no hablaba, ni se movía. Parecía completamente extraño a los sentimientos de los que le rodeaban. Estaba allí, de pie, engolfado en sus ideas sombrías é impenetrables, y sus ojos no se separaban un instante del jugador, que no veía esa mirada, esa expresión satánica y de una fijeza espantosa. No podía marcharme. Me encadenaba un poder misterioso é indefinible; mi atención se fijó en otra dirección, al oír un grito que lanzó el jugador de rostro pálido. Era el primero que se le escapaba a pesar de su ansiedad. El desgarrador acento de este grito despertó en mí una viva simpatía hacia la persona cuyos sentimientos tanto tiempo reprimidos, acababan de hacer explosión.

Con mano trémula, sacó de un bolsillo viejo los pocos duros que le quedaban. Los puso todos sobre el «encarnado» después se inclinó sobre la mesa con la boca abierta, las manos cruzadas y crispadas;